

Mi profesión de fe¹

Mons. Ricardo Urioste

Decía un célebre jesuita, el padre Capello, profesor mío hace muchos años: “Más vale ser docto que ser doctor”. Desearía que Dios me permitiera llegar algún día a ser docto, en el corto tiempo de vida que me queda. Sin embargo, me enaltece en gran medida este honor que la Universidad Centroamericana, su Rector, Padre José María Tojeira y demás autoridades, han tenido a bien otorgarme. Varias son las razones para sentirme tan honrado. Hice todos mis estudios de secundaria y universidad con los padres jesuitas, aquí en El Salvador, en España e Italia. Recuerdo con agradecimiento a esos formadores, tanto a nivel académico como espiritual, en todos los lugares de estudio, tanto en San José de la montaña, de donde sentí mucho que los padres jesuitas, hubieran dejado el seminario, como en la Universidad de Comillas, en España, donde recibí mi formación teológica, y donde hace 54 años recibí la ordenación sacerdotal, como también en Roma, donde estudié derecho canónico. Hombres, todos ellos, mis profesores y formadores, sólidos, maduros y enteros, como directores espirituales y académicos. A ellos mi reconocimiento y mi profunda admiración.

Ya en El Salvador, todos hemos constatado la contribución esmerada que esta universidad ha dado al país. El recuerdo de sus hijos martirizados, hace casi trece años, fue la señal más preclara de su magnífico servicio. El Padre Ellacuría decía: “Que con Monseñor Romero Dios había pasado por El Salvador”; yo, a mí vez, creo que con los jesuitas martirizados, también pasó Dios por El Salvador. Creo que ellos fueron más salvadoreños de corazón, que por naturalización; creo que ellos descubrieron el rostro del pueblo pobre de El Salvador e hicieron lo que mejor pudieron hacer que fue servirlo hasta encontrar la muerte. También creo que Monseñor Romero fue un santo, creo que fue el salvadoreño que más amó a El Salvador, creo que fue un obispo hecho pueblo sufriente, creo que Dios lo ha ya canonizado.

1. Discurso de monseñor Ricardo Urioste, durante la ceremonia en la cual la Universidad Centroamericana “José Siméon Cañas” le hizo entrega del Doctorado *honoris causa* en Teología, el 8 de noviembre de 2002.

La herencia por él dejada es una herencia sagrada. Su lema episcopal: "Sentir con la Iglesia" definió su ser y su hacer. Sentir con la Iglesia fue para él estar muy enraizado en Dios, muy cercano al pueblo y dispuesto siempre a pasar todos los riesgos, que al final lo llevaron a ofrendar su vida al pie del altar. Murió como siempre se había sentido, hombre de Dios, hombre del altar y hombre del pueblo y para el pueblo.

No debo olvidar a Monseñor Chávez y tampoco a Monseñor Rivera. Ellos tres llenaron a plenitud casi 60 años de nuestra Iglesia. Ellos hicieron una Iglesia basada en Jesús y su evangelio. Ellos tuvieron compasión de la multitud. Ellos hicieron suyo lo que el Vaticano II pidió a los cristianos de todos los tiempos: "Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo... Es la persona del hombre los que hay que salvar. Es la sociedad humana la que hay que renovar. Es por consiguiente el hombre; pero el hombre todo entero cuerpo y alma, corazón y conciencia, inteligencia y voluntad" (Gaudium et Spes, 1).

Eso hicieron esos tres egregios obispos, con que Dios regaló a esta Iglesia local. Vieron las tristezas y las angustias de tanta gente en sufrimiento y con sus palabras y sus obras llevaron un lenitivo a tantos hombres y mujeres sufrientes en el país. Esa es la misión de la Iglesia. Ese su cometido. No llevarlo a cabo es ser infieles a Jesús y a su palabra.

Toda fidelidad a Dios debe ser también fidelidad al hombre y teniendo en la memoria a monseñor Chávez, a monseñor Romero, a monseñor Rivera, a quienes dedico este doctorado y a ellos lo hago extensivo, y, teniendo en mente también a los padres jesuitas mártires de la fe, deseo aprovechar la ocasión de este doctorado *honoris causa* en teología, que se me confiere, para proclamar mi fe, que contiene, en parte, la teología que ha inspirado mi vida.

Esta es mi profesión de fe.

Creo en Dios, en el Dios de amor, Señor de la historia, creador del universo y creador del hombre y de la mujer, que oyó los lamentos de su pueblo y lo liberó de la dominación para hacerlo un pueblo libre, unido a Dios. Creo en Dios todopoderoso y creo en el Dios todo amor y benignidad.

Creo en el Dios que bajó a liberar al pueblo de la esclavitud y creo en el Dios que sigue bajando ahora para continuar su obra de liberación, en tantos oprimidos, en nuestro país y en el mundo entero.

Creo en Dios que escogió a Abraham para padre de todos los creyentes, que llamó a Moisés para guiar al pueblo a la libertad y que sigue buscando nuevos Moisés, que liberen a su pueblo.

Creo en Dios que nos invitó, por los profetas, a vivir una nueva vida y a decirnos que su plan de salvación no tiene estructuras injustas, que atacan y discriminan las personas. En una palabra, creo en el Dios que siempre nos pregunta: ¿Dónde está tu hermano?

Creo en Jesucristo, Dios, que se hizo hombre en el seno de María, Madre de Dios y nuestra madre. Creo en el misterio radical de nuestra fe, la encarnación que hizo a Jesús en todo semejante a nosotros, menos en el pecado, y por encarnarse como hombre, sufrió pobreza, escarnios e injusticias, invitándonos a nosotros a saber encarnarnos en el sufrimiento de los pobres y marginados.

Creo en Jesucristo que se hizo hombre para salvarnos y que su último acto de inmolación en la cruz nos valió la redención, que se realiza en la vida de todos los días y cuantas veces se celebra en el altar el sacrificio de la cruz.

Creo en Jesucristo que nació y vivió pobre, adelantándose así a todos los pobres del mundo.

Creo en Jesucristo que en su primera alocución pública en Nazaret, nos dijo a qué había venido al mundo “El espíritu del Señor esta sobre mí porque Él me ha escogido para dar la buena noticia a los pobres, para anunciar la libertad a los cautivos y la vista a los ciegos, para poner en libertad a los oprimidos, para proclamar el año de gracia del Señor” (Lc. 4, 18).

Creo que en Él se cumplió ese día la Escritura y creo que los pobres siguen siendo los preferidos de Jesús y que deben ser también nuestros preferidos.

Creo que Jesús sigue buscando liberar a los cautivos de este tiempo de todo mal, cuya raíz es el pecado. Creo que Jesús vino a traer la libertad a los oprimidos por el hombre, por la injusticia, por todo mal y todo pecado.

Creo en Jesucristo, que viendo a la multitud, nos dejó dicho como primer programa del reino que venía a fundar: “Dichosos los pobres porque de ellos es el reino de Dios” (Lc. 5, 20).

Creo en Jesucristo que afirmó que Él era el Mesías, que habría de venir, cuando mandó a decir al Bautista: “Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia a los pobres



la buena nueva” (Lc. 7, 22) y que, por lo tanto, esa es la señal que la Iglesia debe dar para hacer presente a Cristo en el mundo y hacerse ella creíble y que esa es la señal que Jesús dio de que los tiempos mesiánicos han llegado.

Creo en Jesucristo que dijo: “Yo soy el buen pastor... el buen pastor da la vida por sus ovejas” (Jn. 10, 11). Creo que el pastor solo se identifica con Cristo, cuando está dispuesto a morir cada día por aquellos que lo necesitan, como monseñor Romero, que treinta días antes de su muerte dejó escrito: “Jesús asistió a los mártires, y si es necesario lo sentiré muy cerca al entregarle el último suspiro. Pero más valioso que el momento de morir es entregarle toda la vida, y vivir para él” (Apuntes de retiro, 25 de febrero de 1980).

Creo en Jesucristo que dijo: “a mí nadie me quita la vida, sino que yo la doy”, pero que terminó como un condenado a muerte por los representantes oficiales de la religión, un crucificado por el imperio romano, en Palestina, que ha sido resucitado por Dios, como prueba que Dios está de su parte y en contra de todos los poderes que acabaron con él.

**Creo en el Dios que bajó a liberar al pueblo de la esclavitud
y creo en el Dios que sigue bajando ahora para continuar su obra
de liberación, en tantos oprimidos, en nuestro país
y en el mundo entero.**

Creo en Jesucristo que dijo: “El que quiera venir en pos de mí, tome su cruz y sígame.” Predicar hoy a Jesucristo y su cruz, significa también comprometerse en la construcción de un mundo, donde sean menos difíciles el amor, la paz, la justicia, la fraternidad, la apertura y la entrega a Dios. Esto lleva consigo denunciar las situaciones que engendran el odio, la división. Aceptar la cruz que conlleva esta lucha, es cargar con la cruz como lo hizo el Señor.

Creo que cargar con la cruz, como Jesús, significa solidarizarse con los crucificados de este mundo: los que sufren violencia y pobreza y se sienten deshumanizados y privados de sus derechos y dignidad de seres humanos.

Creo en Jesucristo que nos dijo, por medio de Marcos: “El tiempo se ha cumplido y está cerca el reino de Dios; conviértanse y crean en la buena noticia” (Mc. 1, 15). Creo que la irrupción de su reino es una buena noticia para los pobres: la noticia de que su situación debe cambiar de raíz, no para convertirlos de pobres a ricos, sino para inaugurar una nueva forma de sociedad, donde se haga posible la solidaridad, que es la felicidad compartida, en la mesa común de los hermanos.

Creo en el Espíritu Santo por cuya obra se encarnó Jesús en el seno de María, dejando con ello a su Iglesia el mandato esencial de saber encarnarse, como Él, en los dolores y angustias de una humanidad sufriente. Creo que si la Iglesia no busca afanosamente su encarnación en el hombre y la mujer que sufren, no es la Iglesia de Jesucristo.

Creo en el Espíritu Santo que llevó a Jesús al desierto para ser tentado y con la fuerza del Espíritu, rebatió al Espíritu del mal, que lo incitaba a apartarse de su misión y con ello dio ejemplo a su Iglesia de ser siempre fiel a su misión, rechazando las tentaciones de poder, prestigio y privilegios.

Creo en el Espíritu Santo, en cuyo poder creemos y no en las riquezas y el poder terreno.

Creo en el Espíritu Santo que en pentecostés descendió sobre los apóstoles, como ha descendido sobre todos nosotros y que es fuente de vida y juventud y guía de su Iglesia, en el camino de la verdad completa, verdad sin la cual no seremos libres. Creo que ha venido sobre nosotros, todos, y nos invita a crear un mundo nuevo, donde todos tengamos por padre a Dios y vivamos como hermanos.

No creo en una Iglesia que busca apoyarse en el dinero
o en el poder civil, olvidándose así de Jesús pobre y libre [...]

Creo en el Espíritu Santo que nos enseña a existir viviendo la vida del Espíritu que es la vida del hombre entero, cuerpo y alma.

Creo en Pablo, el apóstol, que nos dice: "Donde está el Espíritu del Señor ahí está la libertad" (2Cor. 3, 17). Creo que el Espíritu Santo es libertad, libertad de amar, libertad de orar, libertad de pensar y decidir y que como dice el concilio, el pueblo de Dios: "Tiene como condición la dignidad y la libertad de los hijos de Dios, en cuyos corazones habita el Espíritu Santo como en un templo" (*Lumen gentium*, 8).

Creo en la Iglesia, a la cual amo apasionadamente, porque Ella no está hecha en la tierra, está hecha en la Trinidad y no hay amor más grande que el amor y la solidaridad en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Dios es solo amor y amor debe ser la nota constitutiva de la Iglesia.

Creo en la Iglesia, que como Jesús, debe amar al pueblo, se solidariza con él, y se inmola por él. No creo en una Iglesia fría, indiferente y distante, a quien no le duelen los dolores del pueblo.

Creo en la Iglesia que reparte la gracia de Dios en su palabra y en sus sacramentos y que no ve solo almas, sino también cuerpos que necesitan redención.

Creo en la Iglesia que se encarna, como Jesús, y se acerca para salvar, "porque ha oído el clamor de su pueblo y se ha acordado de él". No creo en una Iglesia que no ve, que no oye y que no siente. Creo en la Iglesia misericordiosa y tierna para dirigirse a los pequeños. Creo que todos sin excepción son sus hijos, pero que en ella hay quienes más necesitan de su amor y ternura: los pobres, los enfermos y necesitados de todos los tiempos.

Creo en la Iglesia que, como Jesús, se hace semejante a los hombres como rasgo esencial de su misión, y sabe compartir sus dolores y tristezas y busca liberarlos del pecado que los oprime.

Creo en la Iglesia que “está comprometida con la causa de los pobres, porque la considera como su misión, su servicio, como verificación de su fidelidad a Cristo, para poder ser verdaderamente la Iglesia de los pobres”, tal como lo expresa textualmente Juan Pablo II, en la *Laborem Exercens*, y por eso, no creo en una Iglesia que no está comprometida con los pobres, ni los ve como su misión, ni como su servicio, contradiciendo el evangelio y contradiciendo al pastor supremo.

Creo en la Iglesia que juzga para cumplir su misión “es su deber permanente estructurar a fondo los signos de los tiempos e interpretarlos a la luz del evangelio; de forma que acomodándose a cada generación, pueda responder a las perennes interrogantes de la humanidad sobre el sentido de la vida presente y futura y sobre la mutua relación de ambas (*Gaudium et Spes*, 4). Creo en la Iglesia que analiza siempre los signos de los tiempos, como acontecimientos del Espíritu, que atañen a los hombres.

Creo en la Iglesia: “que no pone su esperanza en privilegios dados por el poder civil; más aún renunciará al ejercicio de ciertos derechos legítimos adquiridos, tan pronto como conste que su uso puede poner en duda la sinceridad de su testimonio” (*Gaudium et Spes*, 76).

No creo en una Iglesia que busca apoyarse en el dinero o en el poder civil, olvidándose así de Jesús pobre y libre. Creo, finalmente, que los pequeños y los pobres van a condicionar nuestra entrada al Cielo, así lo afirmó Jesús al decirnos en san Mateo: “Vengan benditos de mi Padre a tomar posesión del reino... porque tuve hambre y me dieron de comer, tuve sed y me dieron de beber; forastero y me recibieron en su casa; anduve sin ropas y me vistieron. Enfermo y fueron a visitarme. En la cárcel y me fueron a ver” (Mt. 25, 34-36).

Creo que es una verdad de fe divina que Él está presente en los pobres y pequeños cuando nos dice. “Siempre que no hicieron esto con alguno de estos más pequeños, conmigo dejaron de hacerlo” (Mt. 25, 45).

Esta es mi simple teología, esta es mi profesión de fe, esto es lo que este doctorado me ha hecho expresar y pensar. Solo le pido a Dios que perdone mis infidelidades y que nuestra Iglesia crezca en el amor a Dios y a los pobres y en la defensa de la persona humana; que sea cada vez más, una Iglesia “sin mancha ni arruga”, como Jesús y el mismo magisterio de la Iglesia la descan.

Gracias de nuevo a ustedes y a esta universidad por este inmerecido reconocimiento.

San Salvador, 8 de noviembre de 2002.